

SEGUNDO CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO

CON NOMBRE DE MUJER

Primera edición: diciembre 2011

Edita:
CONCEJALÍA DE POLÍTICAS SOCIALES E IGUALDAD
AYUNTAMIENTO DE NUEVA CARTEYA

Diseño y maquetación: Tomás Oteros

Impresión: Gráficas El Tejar S.L.
Tfno. 957 697 232 - email: graficaseltejar@hotmail.com
14857 - Nueva Carteya (Córdoba)

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito del Ayuntamiento de Nueva Carteya.

SEGUNDO CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO
CON NOMBRE DE MUJER

PERTENENCIAS de Teresa Núñez González

PALABRAS de Francisca Gata Amate

DOS AMIGAS de Francisca Izquierdo Roldán

NUEVA CARTEYA 2010

Presentación

Querido/a lector/a:

Con la publicación de este libro culmina la **2ª Edición del Certamen Nacional de Relato Corto «Con Nombre de Mujer»**.

Adentrarse y dejarse envolver por los relatos que llenan —en el sentido más absoluto de la palabra— este libro es un auténtico deleite para todos los sentidos, y haber tenido la oportunidad de conocer, conversar, intercambiar ideas, experiencias, sonrisas y complicidad con las mujeres autoras de estos tres relatos ha sido, sin lugar a dudas, una experiencia incomparable e irrepetible.

Cada línea es un derroche de sensibilidad; cada párrafo un arrullo de cálida dulzura; cada relato la conjunción perfecta entre la ternura con la que se muestra la soledad, la anulación y el vacío en los que los roles sexistas arrinconan a las mujeres, y la ácida ironía que acuna los sentimientos de las protagonistas, símbolo de la pasión y la fortaleza que definen nuestro carácter y que alimentan nuestra capacidad para superar el sinfín de obstáculos que se interponen en el camino que hemos iniciado hacia la igualdad.

«PERTENENCIAS» el relato galardonado con el PRIMER PREMIO de este Certamen, nos sumerge en los sentimientos de Amalia que, a través de una carta de despedida, se desnuda ante el que hasta ese momento había sido el amor de su vida, rescatando del olvido cientos de recuerdos de su vida en común: de aquellos primeros años en el que él se deshacía en deseo por ella y, como aquel cariño y aquella pasión desbordada fueron sustituidos por la más insultante indeferencia, por el desprecio,...el engaño. Con esta carta, Amalia se desata de sus cadenas cerrando las puertas a una vida sustentada en continuas mentiras y humillaciones. A él le deja todo, todo lo que tiene valor material, lo único que parece ser apreciaba. Ella sólo se lleva consigo SU LIBERTAD.

«PALABRAS» es, en voz de su autora, la historia de muchas chicas que se encuentran sin salida, o que creen que la única salida es dedicarse a un marido, anulando su condición de ser humano. Sometimiento, soledad, incultura, y de repente todo se hace trizas, cuando su ídolo merodea por otras casas, otras camas, otras existencias. Y entonces más soledad, más vacío y más desamparo. Y el mundo empieza a ser algo que se las puede comer. Y tienen que tomar decisiones, y actuar. Al final, muchas lo consiguen, descubriendo que se puede vivir lejos de ese marido maravilloso que les ha cerrado la puerta en las narices. «PALABRAS» es un canto de esperanza para todas las mujeres que en la actualidad se encuentran en una situación similar.

En «DOS AMIGAS» su autora recurre a los inocentes ojos de dos niñas para retratar a pinceladas sarcásticas y con un toque humorístico los caracteres de una sociedad antigua, profundamente marcada por absurdos prejuicios sociales e injustas diferencias de género. Sus personajes secundarios evolucionan, más o menos, a la sombra de las dos protagonistas que luchan por adaptarse a la evolución social que se ha ido produciendo, muy pausadamente, en los últimos treinta años. Y, de fondo, este relato deja latente cómo la amistad entre culturas

distintas enriquece las relaciones humanas cuando se asientan en el cariño, el respeto y la tolerancia.

A las autoras de estos tres relatos: a Teresa, a Francisca y a Paqui, GRACIAS.

Gracias por ofrecernos este inmenso cobijo de emociones, este rinconcito de sensaciones en el que poder perdernos y, aunque parezca paradójico, encontrarnos a nosotras mismas para desempolvar de una vez por todas esa fuerza interior que nos es innata, pero que en tantas ocasiones queda desvanecida bajo la alargada sombra de una cultura discriminatoria e injusta que nos impide tomar las riendas de nuestra existencia.

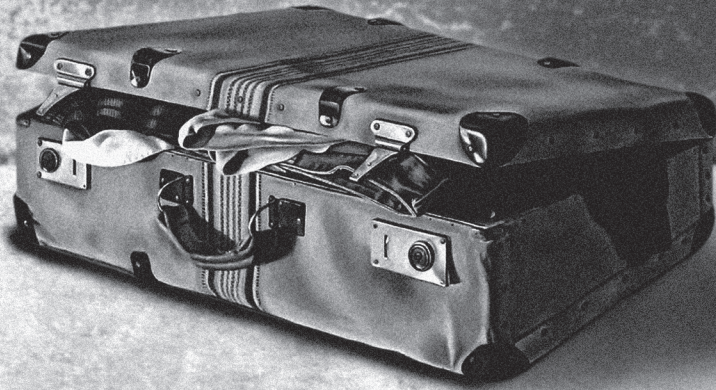
Gracias por mostrarnos, con un exquisito sentido del humor, ese mundo que no cesa en su empeño de intentar ocultarnos, y, sobre todo, gracias por descubrirnos que ante nosotras permanece, entreabierta, la puerta que nos conduce hacia ese otro lugar en el que sí podemos desarrollarnos como personas, superarnos y hacer realidad nuestros sueños y anhelos.

Gracias por adentraros en nuestras vidas, por hacernos derramar algunas lágrimas y muchas, muchas sonrisas.

Y a ti, lector/a, que en este momento tienes entre tus manos este libro, te pido que disfrutes de estas tres entrañables historias que ahora se abren ante tus ojos, déjate llevar por ellas y acarícialas con mimo, pues con el mismo mimo te puedo asegurar han sido escritas.

Helena Amo Oteros
Concejala de Políticas Sociales e Igualdad

PRIMER PREMIO



Pertenencias

Teresa Núñez González

Te pongo estas letras hoy, que es domingo y tengo algo de tiempo. El frío golpea los balcones y va helando poco a poco mi mano. El bolígrafo resbala despacio y debo hacer un esfuerzo casi sobrehumano para escribir, pero sé que esperabas noticias mías y tengo que dártelas.

Todo ocurrió tan deprisa que apenas he tenido unos segundos para meditar. ¡Tantas noches de insomnio mientras el reloj de la sala iba desgranando cuartos, medias, horas completas! Recuerdo su sonido como un dolor pequeño, semejante a un alfiler cuando te pincha el dedo. Así este sufrimiento abriéndose paso en mi carne sordamente.

Como ya habrás advertido, me he llevado mis cosas. También lo que nunca quisiste cuidar. Aquel retrato de mi madre con el marco que me regalaste y que en una pelea se fue por el balcón. El espejo de la sala, pues siempre te pareció molesto que nos reflejase cuando nos abrazábamos. Sobre todo, y sabiendo el asco que te dan los hamsters, me llevé a Laoconte, no fuera que en un raptó de ira lo

arrojases también a la calle. A cambio, te dejé el televisor. Las noticias suelen aparejar escenas de catástrofes y será un alivio vivir sin ellas. Yo no echo de menos los sonidos mientras que tú no supiste nunca vivir en silencio. Solías conectar el aparato nada más entrar en casa. Quizá de este modo evitabas que fuese yo quien hablara o eludías hablar tú mismo. Te agradaban los timbres y las canciones del verano, esas que solo sirven dos meses y luego se disuelven. Yo guardaré nuestra caracola por si el mar me llama por las noches. Ah, y la campanita que me trajo de Praga mi amiga Luisa, pues a su sonido creo ver todavía el reloj, la iglesia de Týn, aquel banco junto a la estatua de Hus en donde me besaste la última vez que sentías amarme. Quién sabe si podrán desfilan nuevamente para nosotros Cristo y sus Apóstoles, aunque el esqueleto me asustará como entonces al volcar su reloj de arena, mientras canta el gallo batiendo las alas en lo alto del Ayuntamiento. Qué hermosos aquellos días de Praga, cuando recorríamos el Callejón del Oro enlazados por la cintura y nos besábamos en todas partes. Nadie nos hacía caso. Praga era un dédalo de arcadas milenarias que se desbarataban en la soledad de la amanecida. Y tú y yo dos locos impenitentes intentando tocar las nubes con la punta de los dedos.

Me gustaría coger un poco de viento y algo del cristal de la ventana que conseguía impedir la bruma de la calle. Como no es posible, me llevo un trofeo de la vitrina, pero no te preocupes, no es de oro ni tiene más nombres que los imprescindibles.

El dormitorio se queda intacto. No me gusta el edredón de flores, ni las lamparitas con peana de hierro. Y por otra parte, tampoco cargaría con la cama. Imposible saber si en ella has hecho el amor con Sonia cuando fui a casa de mis padres. Esa vez, al regre-

sar, encontré mis cosas fuera de sitio. El pobre retrato de mamá, punto fijo de todos tus furores, en el cajón de la mesita. El libro que yo leía esa semana —los cuentos de Ribeyro, creo recordar—, en la cocina, a donde, según tú, lo había llevado yo misma.

Dejé en la estantería los libros de crucigramas que nunca conseguiste acabar, por si el insomnio desgasta tu nostalgia y Sonia te abandona, lo que quizá no resulte del todo imposible. A cambio, me llevo el libro de Cortázar. Recordarás que hubo que sujetarlo con una goma aquel verano, cuando el viento lo desarmó en una playa del sur. Ahora, este libro es como yo. Entre la destrucción y el ese o ese. Apretado por una goma para evitar que se deshaga del todo. Ignoro si le faltan hojas, pero no viene al caso la comprobación. Lo que me gusta de él es que ha conservado la arena que a ti se te desprendió tan aprisa. Si paso sus páginas, están todavía húmedas y calientes. Si las acerco a mis labios, noto el sabor de la sal.

En el armario de mi ropa ha quedado un polo negro que colgaste allí por dejadez y tiene cocodrilo en vez de corazón. Ten cuidado con él, es como tú. Cuando menos lo pienses te morderá sin piedad. Claro que yo debí descubrir antes tus colmillos. Estuve torpe y enamorada, aunque tampoco voy a decir que me haya equivocado. Nadie se equivoca cuando ama. El amor nos renueva por dentro, nos hace mejores, nos dignifica. El amor es lo único hermoso que puede ocurrirnos y en cada segundo que amamos escribimos una historia entera. Gracias a ti yo he comenzado a escribir la mía. Con la diferencia de que empieza ahora. Ahora sé quien soy. Ahora estoy segura de lo que sufrí. Dejé mi trabajo y mis amigos, abandoné mi forma de ser y admití principios discriminatorios que de ningún modo formaban parte de mi existencia. Lo hice por amarte. Pero

hoy, mientras lucho contra la frialdad de mis manos para escribir estas palabras, comprendo que nadie puede ser feliz si no lo admiten como realmente es. Hombre o mujer, da igual. Porque amar es emerger de uno mismo y vivir en otro. Y quien no sabe realizar tal ejercicio no sabe amar ni aprenderá a hacerlo en su vida.

Te tomé prestada una maleta. La más grande. Cuando quise añadir a estas pequeñas cosas el amor que te había dado, no tenía espacio suficiente. No puedo comprenderlo, pero estaba intacto, tan mío, tan hondo. Seguramente no se ha dado cuenta de tu traición y por más que se lo repito no logro descomponerlo. Mejor así. Como tampoco lo valoraste, no es cuestión de dejarlo tirado en el armario para que se lo coman las polillas. Este amor que me llevo es la única pertenencia a la que aspiro. Lo guardaré en mi corazón para emplearlo de nuevo cuando encuentre alguien que lo sepa custodiar. Y como lo conozco bien, sé que entonces volverá a renacer con el mismo impulso. Después de todo, no es importante el primer amor, sino el último.



Toda enfermedad tiene unos síntomas y por los síntomas, la nuestra es una enfermedad grave. Qué digo grave, ¡gravísima! Una enfermedad terminal. Se descubrió hablando en voz alta. Sola y en voz alta. Como casi siempre, sola: la novedad es que por fin hablo en voz alta, lo otro, lo de la soledad, no es novedoso. Más vale estar sola que mal acompañada. El buey solo bien se lame, ¡vaya mierda! Menudo consuelo. Si no se quiere estar sola, la soledad produce pena y asco y más cosas. Y ninguna buena, ni deseable. Toda clase de sentimientos en un soliloquio escapado como un abejorro de su garganta.

Casarse a los diecisiete había sido un error, su error. Una metedura de pata de adolescente impulsiva y aburrida de estar con sus padres. Y de estar en el pueblo, donde nunca había nada que hacer. En casa de sus padres hacía lo mismo que ahora en su casa. Ella era la señora de la casa. Una señora de la casa a la que demasiado a menudo le faltaba el señor. El señor, vete tú a saber qué andaría haciendo. De un tiempo a esta parte ni lo veía.

Sí, ella, Pilar, Pilarín se casó a los diecisiete años, vestida de blanco, como debe ser. Se casó con Jacinto, veinticinco años, como veinticinco soles. Practicante en su pueblo, o como le gustaba que lo llamaran: ATS. Lo conoció en uno de los bares del pueblo. Y se enamoró de él, porque no había en su pueblo nadie más interesante. O ella no lo vio. Además que ese Jacinto estaba en flor, joven, guapo, sin pasarse, alto, sin llegar a límites preocupantes, sobre todo porque ella era más bien bajita, aunque bien hecha y sin restos de hilvanes. Jacinto era de verbo abundante y divertido. Hablaba y hablaba, contaba cosas que a Pilarín se le antojan la mar de extraordinarias. Hablaba de todo lo que se puede hablar en este mundo, que es mucho, sin duda alguna. Todos los temas resultaban desmigajados por su boca. Toda la actualidad musical, cinematográfica, política. Historia. Ciencias. Astronomía. Medicina, por descontado, con capítulo especial para la incontinencia urinaria. Incontinencia verbal. Palabras y más palabras, de las que Pilarín trataba de retener alguna en su mente, de tal manera que algunas veces su cerebro se colapsaba y ya no sabía quién era quién, ni qué era qué. A punto de sufrir un espasmo o algo por el estilo.

Pilar había dejado los estudios a los catorce años. Se creía incapaz de estudiar, de estar atenta en clase, de hacer los deberes y todo lo que representaba ir al colegio. A sus padres la idea le pareció muy requetebien, andaban en la creencia de que a una mujer con las cuatro reglas, y la suya mensual, le sobraba y le bastaba: así ayudas a tu madre, dijo su padre. Y su madre expresó: así yo te enseño todo lo que una mujer de su casa ha de aprender. Y el pueblo no pareció convulsionarse por su decisión. Ni las ovejas de su padre abandonaron su ingesta de hierba. Ni la tierra ennegreció. Desde

los catorce años Pilar se dedicaba a arreglar una casa que ya estaba lo suficientemente arreglada. A coser, a bordar, a limpiar cristales. Sí, era una estupenda amita de su casa, aún no cansada de serlo.

A ella lo que realmente le interesaba de Jacinto era su cuerpo, sus manos y sus besos. Sobre todo sus besos. El calor de aquellos labios contra los suyos, el estrechamiento en los rincones más ocultos de aquel pueblo perdido entre montañas. El primer día que la besó fue como si le abrieran las puertas de la gloria y la invitaran a pasar. Prefería que Jacinto estuviera callado porque estaba más guapo y sobre todo más cariñoso y más dado al amor. Su verborrea, tenía que confesarlo, le asfixiaba. Tanto nombre, tanta historia y tanto, tanto, uf, era un martirio. Jacinto no hablaba para educar, hablaba para obnubilar y para causar perplejidad, por eso en el pueblo andaban trastornados, buscando erigir un castillo para ese fantasma. Mas cuando se iniciaban los besos ya no había nadie que pudiera pararlos y si hubiera tenido más bocas, más lo hubiera besado. Como si fuera un santo, como si fuera san Juan, el patrón de su pueblo. Y las caricias. Y el lenguaje del amor, que ese sí, ese sí lo comprendía y lo quería y lo estudiaba y lo aprendía.

Y de tanto aprender y entender se vio de novia con Jacinto, que también bostezaba en ese pueblo, del que ya conocía cara y culo, y ansiaba para sí algo, algo como Pilar, él la llamaba Pilar, por ser nombre más culto, y mundano tal vez. Y Pilar consideró que, ya de novios, su obligación era la de acudir a casa de su amor, a limpiar y a reestablecer el orden. Porque a él no le daba tiempo. Porque él era un señor ATS, nada preparado para las labores domésticas. Y Pilar brillantaba aquel hogar, aquella *garsoniere*, como a él le gustaba llamarla pues dominaba el francés que era un horror. Le hacía la

comida y la cena. Y luego partía a su casa a echar otra mano con los cristales y con su ajuar y, como su madre le había prometido al cura que su hija iría a ayudar en la iglesia, también allí, delante de Dios que todo lo puede, y todo lo ve, también limpiaba. Su vida era la limpieza absoluta, limpiar, barrer, barrer mucho: la iglesia, el ayuntamiento, el cuartel de la guardia civil, los campos, las nubes. Hala, a barrer la suciedad. Barredora oficial, cenicienta con título y master, nombrada por el alcalde en un insigne acto con vino español detrás. Pero como después venían los besos en tropel, no importaba el desgaste de huesos y de horas y mientras barría regurgitaba esa calentura increíble que la volvía loquita de atar.

Y un buen día, Jacinto le comunicó que tendría que irse del pueblo porque hacía tiempo que había pedido la ciudad como marco incomparable para desarrollarse en su profesión y como persona. Claro, ella se quedó sin habla, sin ganas de mirarle a los ojos y sin ganas de terminar lo que había empezado, desabrocharse la blusa con cierta picardía de niña buena y niña mala.

—Mujer, no te entristezcas, yo había pensado que nos casáramos y nos fuéramos juntos de aquí.

Y era verdad, él lo había pensado, casarse resultaba imprescindible, porque la quería, mucho, a su manera ya no podía vivir sin ella. No podría realizar curas, ni poner inyecciones, ni sueros, ni nada de nada. Pilar era innegociable. Pilar iría en su equipaje, al igual que iría su enciclopedia de enfermería, sus huesos de escayola, el aparato de la tensión y su cepillo de dientes, entre otros objetos y otras prendas. Prenda como esa no iba a encontrar, tan limpia y tan dispuesta al abrazo: y aunque me molesta que me echen arroz en los ojos, yo me caso por la iglesia. Y aunque haya habido algo más

que palabras en mi pisito, bajo las mantas, ella se casa de blanco immaculado. Y que vengan mis padres y los suyos. Para la familia un ágape y el sermón del cura. Espero que el cura no me guarde rencor por dejarle sin asistenta. Y espero que sus padres no se enfaden por arrancarles de un tirón su hacendosa y querida hija.

Sábado por la mañana de un mes de junio que le dio por ser todo lágrimas. Llovía todo lo que se puede llover de un golpe. Pero allá iba Pilar vestida como una princesa, saltando los charcos y asumiendo que su vestido acabaría sucio y debería llevarlo al tinte. Y los zapatos, bueno, los zapatos no importaba porque de todas maneras pensaba tintarlos de negro.

—Sí, quiero.

—Sí, yo también quiero. Cómo no voy a querer este Jacinto en mi ramo de novia.

Casada a los diecisiete años. Diecisiete, diecisiete, repetía el coro del colegio. Y sus amigas y los vecinos. Y el cura. Y su padre y su madre, a la que le dio miedo la edad y la ignorancia de su hija, y a punto estuvo decir que no, que no se casaba, que su hija era una niña, si la última lavada a sus calcetines había sido la tarde anterior. Pero no dijo nada. Sólo puso caritas extrañas como una actriz de teatro, sintiendo que un inexplicable dolor se le instalaba en el pecho y en el estómago, por ese orden. Y a Pilar también le dolía el pecho, el corazón, los riñones. Lástima por sus padres a los que quería sin saber cuánto los quería y lo solos que quedaban tras esa boda entre fantasma y niña. Lástima por su pueblo tan diminuto, tan aburrido, tan hermoso, con tan fragantes primaveras y con tan intensos veranos. Lástima de su vida diminuta con sus amigas de siempre, elegantemente vestidas para la ocasión. Lástima de todo y

por todo. Pero también alegría porque el amor es lo que tiene.

Viaje de novios a Galicia, allí Pilarín pudo probar el sabor del mítico animal, llamado centollo, del que mucho se hablaba pero pocos lo conocían y lo habían degustado. Pilarín quedó encantada con el centollo gallego, qué rico y qué raro, y con tantos besos recibidos cada vez que lograba que Jacinto arrinconara las explicaciones: que si los celtas, que si los castros, que si el Miño, que si esto que si lo otro. Uf, por Dios. Fotografías. Postales a los padres, a las amigas y arriba a la ciudad en la que habían instalado el nido.

Y comenzó la vida de recién casados. Y ella limpiaba, fregaba, tendía en el romero. Realizaba bizcochos y paellas que no salían muy buenas, pero que: ya te saldrán mejor, no te preocupes, tú, Pilar de mi casa. Los cristales de Pilar eran, si no los más limpios, unos de los más limpios del barrio y la bata de enfermero de Jacinto, la más limpia y la mejor planchada, para que Jacinto acudiese al trabajo en el hospital a vendar en capelina, que ella no tenía muy claro cómo era, pero que sentía terror preguntárselo por si empezaba una disertación, sobre las formas de vendaje, de incalculables dimensiones. Así que callaba y asentía con la cabeza.

Qué felicidad pasear cogidos de la mano, escribir te quiero en una servilleta del bar ante la irónica sonrisa de un camarero sin prisas. Atosigarse a besos en los parques públicos. Despertar juntos y revueltos. Mirarse a los ojos. Vivir mirándose el uno en el otro, que ya es mirarse. Descubrir las virtudes y los defectillos, asumidos por la ternura.

Qué felicidad de espíritu. Qué felicidad de cuerpo, sangre y vísceras:

—Los niños, para más adelante: para cuando tú crezcas y te hagas

mayor, niña mía.

Jacinto en el pueblo se había sentido solo, sin poder compartir su sabiduría con nadie, excepto con el médico, que prefería utilizar su tiempo libre jugando a las cartas en el bar de Samuel. El médico era un clásico y gustaba compartir vivencias, pérdidas y ganancias con los parroquianos. Bueno, bueno, en el hospital Jacinto vio el campo abonado para su feraz y feroz lengua. Además, cuántas compañeras y qué monas y qué listas y qué leídas y qué frescas y lozanas y qué vivas. Y qué todo.

Apenas dos años y punto final de la felicidad. Y la rutina llegó y llegó el silencio en el hogar. Punto en boca. En boca cerrada no entran moscas. Aunque moscas no había ni una, si las hubiera habido, Pilar les habría dado una ducha, continuando con su manía de limpieza. Ella también se hallaba un poquito asqueada de estar todo el día con la patita quebrada. Con pocas amigas, solo dos, y esperando. Todo el día esperando al marido de sus narices. El que antes hablaba hasta por las rodillas y ahora: llegaba, comía, fumaba, dormía y poco más. Ahora no tenía un marido, ahora tenía una momia con vendajes impolutos, a su lado. Los besos se acababan como se acaba una bandeja de pasteles en un cumpleaños. Y Pilar empezó a sentirse mal, deprimida, abandonada, decepcionada, gorda en la amplia extensión de la palabra, tonta del bote y del cubo y de la bayeta. Y las puertas pagaban sus enojos, llevándose patadas en cuanto se descuidaban. Y ella comprendía que las puertas no eran culpables, pero por si acaso. Ni los cacharros que fregaba, tazas, platos, vasos. Y a veces los rompía por ver cómo corrían los trozos a esconderse de la desesperación de Pilar. Y la tele era una castaña de colores y la casa le resultaba inmensa, siempre sucia,

hambrienta. Siempre, pero siempre, pidiendo más y más. Y cuando elevaba su queja a su señor marido, entonces sí, entonces tornaba el aluvión de palabras:

—No me digas que te aburres y que te sientes sola, *chatita*. Con lo bien que se está en casa. No me digas eso, por favor. Tú no sabes lo que es trabajar, cumplir con un horario. Trabajar con la gente, aguantar sus bromas, sus perrerías y envidias. Hacer turnos. Estando sano o estando enfermo. Ver tantos enfermos, ver la muerte. Tú no tienes ni idea, claro, tú aquí tan a gusto en esta urna de cristal impecable, crees que a mí no me gustaría quedarme en casa a fregar y a barrer como tú. Vamos, no me cuentes películas de terror, si vives como una reina, qué digo como una reina, como dos reinas. Tú no sabes nada de la vida, demasiado protegida, tú no sabes lo sucia que es la vida, una suciedad imposible de limpiar, ni siquiera por ti. Anda, anda, ponme la comida que tengo *tardesssss*.

Y lo decía así, alargando la ese final, porque últimamente soltaba las «eses» como si no le cupieran en el cuerpo. Como si hubiera nacido con el cromosoma ESE, común en todos los pijos del mundo. Y lo de *chatita*, lo de *chatita* era realmente vomitivo.

Y Pilarín aprendió para qué sirven los ojos, además de para ver y pintarlos con sombra marrón: para derramar el zumo de la tristeza, o sea para llorar por el día y llorar por la noche, y un poco más y se hace doctora en esta materia del llanto. Su tesis doctoral escrita en pañuelos bordados con una *℘*.

Su amiga Rosa y su amiga Paula, dos morenitas tintadas de rubio y de rojo fuego, conocidas por azar en una cafetería, dos futuras abogadas, le aconsejaban que iniciara estudios o los continuara dónde los dejó. Ah, el saber, el saber sí ocupa lugar, el saber ocupa

un lugar muy importante, el conocimiento, la razón:

—Eres muy joven para estar así un día tras otro. Y es que de verdad yo no sé cómo puedes permanecer entre cuatro paredes, que están tan limpias que aburren. Estudia, búscate un trabajo. No esperes más, no ves que no es bueno para ti. Ni se te ocurra tener hijos, porque estarás perdida.

—Siempre me he considerado tonta.

—Sí y has tenido ayuda para llegar a esa consideración.

—Creía que con el amor bastaba.

—El amor, menuda palabra más fea. Paula era todo fuego, en el pelo y en la lengua.

—Solo sirvo para ser ama de casa.

—Quién te ha dicho eso.

—Todos, todos: mis padres, las vecinas del pueblo, el cura. Hasta yo me lo dije a su tiempo. Santo Sepulcro, hasta yo me lo dije.

Y no se lo podía creer, ella misma se había sentenciado.

—¿Pero lo tuyo es de nacimiento o es que te dieron una *pedrá*?—. Rosa cuando quería herir, hería. Y ahora quería herir y ahora quería torcer el gesto y bizquear con sus ojos pardos, se la llevaban los demonios, imposible creer que una persona se valorara tan poco. Ay mi madre, ay mi tía, ay mi abuela. La familia femenina fue invocada. Así que, nerviosa, alterada por los dos cafés trasegados, comenzó a tartamudear:

—Pe, pe, pe, pero, no te das cuenta que corres peligro, que mañana tu maridito, que claramente está en su fase anal: tonto del culo, se echa una novia, te echa a la calle y tú o te echas a perder de puta, o te echas a fregar escaleras. Pero, pero mujer, tienes que ponerte manos a la obra. Nosotras te ayudamos. Y tú te sacas todo lo que

haya que sacarse y te haces todo lo que se pueda hacer una: hasta ministra, ya te digo. Y si no te da tiempo a sacarle brillo a la plata, a la plata qué la jodan.

—Huy, por Dios Rosa que soy de pueblo.

Fue precisamente en el instituto, y casi al inicio del bachiller, donde conoció a Pepe, su compañero de asiento. Pepe, era gracioso desde que salía el sol hasta que se ponía. Y hasta en sueños era gracioso Pepe. Y claro, una cosa llevó a la otra y acabaron estableciendo un récord entre las sábanas, con subida al podio, himno nacional y con entrega de medallas a sus pechos de preciada blancura. ¿Era el amor? No, ella estaba enamorada de su Jacinto, si bien Jacinto había pasado de ser flor a ser un cardo borriquero. No, no era el amor, pero como si lo fuese, que para eso está la imaginación. Y ella inventó, cortó, repasó, limó asperezas, y pronto tuvo ante sí el amante perfecto. El hombre perfecto. Ella a los diecinueve años estaba tan bonita como a los diecisiete solo que más granada, sin huesos relevantes que le afearan la estructura externa. Los domingos se sentía gorda sin su Pepe y por el tedio. Y los días de diario, ligera y delgada por su Pepe y sus clases. Pero ella era una delicia, del pelo para abajo, y de los pies para arriba, un embeleso, palabra muy utilizada por Pepe: es que eres un embeleso que embelesas. Así de simple, sencillo y maravilloso, su piropo.

Por otro lado, no hace falta ser marinera para que te gusten los barcos y ella navegó lo suyo, lo ajeno y lo de la vecina de enfrente, porque estaba en la edad y por hallarse confundida, perdida y sola. Porque, aunque sabía hacer la «o» con un canuto, no sabía mucho más. Y quería querer, y quería sentirse de nuevo desnuda para un hombre, Pepe... pues Pepe. Y que Jacinto sintiera miedo de perderla

y se arrastrara hasta ella. Y le hiciera una escena de celos, en plan Otelo, pero sin llegar, es de suponer a: primero apaga la luz y luego apaga su luz. Como decía el moro de Venecia, antes de matar a la pobre Desdémona.

Pero Pepe, sábanas aparte, chascarrillos aparte, comenzó a cansarla, en cuanto le supo manido su repertorio. Sus besos y sus alardes en el lecho. Y una tarde se despidió de él, con una lagrimita fingida, echándole la culpa al cabrón de su marido, receloso por tanto estudio como se traía con el compañero.

Jacinto durante todo ese tiempo había descubierto que una compañera servía para algo más que para pasarle la nota de la medicación. Y junto a las constantes vitales de un enfermo le pasaban un teléfono o no se lo pasaban y él se las arreglaba para que lo escupieran. Si se iba de mañanas, la tarde la empleaba en hacer un cursillo de geriatría. Pero no existía tal cursillo o si existía, él ni se enteraba. Catedrático de la lengua. Experto en la insinuación y descubriendo sus cartas, pero sin descubrir su boda en el pueblo, Jacinto iba y venía, entraba y salía, iniciaba y terminaba relaciones, como si fuera su obligación, primera y superior, la de tirarse, termómetro en ristre, a todas las que lo saludaran.

Fue por eso, por la soledad y por el hastío, y por la certeza de que su marido era el novio de todas. Y tras el temblor, tras las lágrimas, y como no deseaba volver al pueblo por temor a que el pueblo se la tragara, Pilar se inventó a Pepe, partiendo de una masa simple, vulgar, adocenada, para realizar un exquisito postre y escapar de la puerta cerrada en sus narices por la momia de Tutankamon, que ahora, sí, gracias a sus estudios, sabía quién era. El remordimiento de haberse inventado a Pepe, de habérselo comido a bocaditos,

le generaba cierto resquemor hacia Jacinto por haberla empujado en brazos de un espejismo. Las culpas como piojos sedientos en la cabeza le negaban el sueño, al igual que Pepe le negaba ya el saludo y le hacía pedorretas a su espalda en cuanto se daba la vuelta. Menudo bicho Pepe. Ella era una buena persona, ella jamás se hubiera atrevido, ni lo hubiera deseado, ni lo hubiera mirado como a algo más que a un compañero. Qué mal todo. Debía contárselo a Jacinto, pedirle perdón o aceptar que no la perdonara. Ella no sabía mentir. Nunca más. La infidelidad no se repetiría. Perdóname, perdóname, perdóname. En sus noches pedía hasta tres veces perdón, mientras Jacinto roncaba a su lado, como solo un ATS sabía hacerlo, despidiendo un olor a menta y a colonia ajena a esa empresa matrimonial.

Los días pasaban, las semanas. Las estaciones. El bachiller acabado. Silencio, qué palabra más hermosa y qué fría. Silencio y vacío. Jacinto trabajaba más que ningún enfermero del mundo. Más que todos los enfermeros del mundo. A todas horas. Y fiestas de despedidas a compañeros. De jubilaciones. El santo de los enfermeros. Despedida y cierre por maternidad de María y Juana y Luisa, qué años más fértiles en aquel hospital. Cuántas despedidas de soltero. Despedidas, despedidas. Partir es morir un poco, que decía el poeta:

—Tú no sabes la de compromisos que hay que atender cuando se trabaja, compromisos a los que no te puedes negar, para que no te den de lado. Tú no comprendes que el que trabaja, sufre. Claro como tú no has trabajado en tu vida. Tú, ahora, con tus libritos y tus compañeros, haciéndote la intelectual, todo gracias a mí que soy el que pago. Y ahora me vienes con que me voy a poner muy

gordo con tanta comida y con tanta cena, qué graciosa, *chatita* pueblerina. Pero de verdad crees que a mí me gusta ir tanto de cena y de fiesta. Pero por quién me tomas, para mí es un sacrificio, como si me arrojaran a los leones. Para que no me den de lado mis compañeros, sobre todo, los médicos, cuando un médico te da de lado, ya puedes hacer las maletas y tomar un tren expreso o arrojarte a él. Y tú no quieres que hagamos las maletas ¿verdad? No, porque tú lo único que quieres, lo único que te interesa es ir a tu *cole*, con tu coleta, a morder el bolígrafo lascivamente para ponerlos a todos *cachondossss*.

Palabras, palabras. El sermón de las siete palabras, solo que más. Solo que a lo bestia. Censurando, insultando, mintiendo y arrojándole a la cara su papel de mujer parásito. Lo de: no hay mejor defensa que un buen ataque, aquí cabría que ni pintado. Él sí que sabía lo que era sufrir. Él, al que no le quedaba otra que acudir a fiestas y más fiestas, para que no lo anotaran en una lista imaginaria de poco festero y poco fiable. Qué injusticia.

—Sí, mamá, estoy bien. Sí, ahora estaba haciendo la comida. Sí, ahora vendrá Jacinto. Claro, claro, todo muy bien.

Mentiras piadosas a su madre. Mentiras para tranquilizar a aquel útero en el cual ella se había sentido tan a gusto.

Los compañeros de Jacinto no existían para ella. Ella no existía para los compañeros.

Soledad de Pilar con dos abogadas que sabían leyes y sabían amparar a la frágil Pilarín: lágrimas sin sonrisas. Y habían pasado algunos años, años que Pilar ignoraba dónde ubicarlos o dónde estaban. Ella había vivido con Jacinto alguno de esos años. Sí, al principio. Al principio de todo, cuando en el principio era el verbo

y Jacinto no se callaba ni fusilado. Y ella amaba aquel recuerdo y le afligía que esas cenizas penetraran en su interior, impidiéndole respirar.

Tras los años: extraños en la noche y en el día.

Y ante síntomas tan evidentes, ella que no era ATS, adivinaba que tenían una enfermedad. Bueno, ya no era una enfermedad. Ya tenían entre las manos un cadáver, que hedía a lo que hedían todos los cadáveres: a muerte, a podredumbre. Y un cadáver era, es y lo será, imposible de ocultar, hedería, por mucha colonia o ambientador que le echara.

Y una mañana, una mañana cualquiera, una mañana como había habido tantas, como hay tantas a lo largo del tiempo. Una mañana de septiembre, luminosa y un poquito fresca, no demasiado, lo justo para que Pilar deseara un paseo por las calles y acercarse a hacerse la matrícula para estudiar derecho. Una mañana que entraba a puñados por la ventana del salón, Jacinto estornudó y ella lo miró a los ojos divertida. Bueno, pues solo porque no le dijo: Jesús, como es costumbre, él sacó de un baúl los trapos viejos y empezó a insultar, a mentir, a amenazar. A exponerle la realidad. Era la guerra, como si el ejército de Pilar hubiera osado traspasar la frontera del país de su marido:

—Yo sé lo que es la libertad, y contigo no la tengo. Tú no sabes qué es la libertad, bueno, sí, tu libertad soy yo. Gracias a mí has sido libre porque en tu pueblo eras una esclava, de tus padres, del cura y de todo el que quisiera una fregona. Te me has quedado pequeña. Ahora tengo otro mundo y me sentiría humillado que asomaras por allí cualquier día a quitarle el polvo. No me sirves. No pongas esa cara. Todo tiene un principio y este es nuestro fin. Y seamos

realistas, *chatita*: te vas de aquí, sin nada, y no esperes nada de mí porque no tenemos hijos y no tienes derecho a una pensión, porque estás muy tiesa para trabajar y solo se te ha ocurrido estudiar. Qué lista y qué risa. Te buscas la vida y te largas con viento fresco. Estoy enamorado de una chica y no cabemos los tres en esta casa. Voy a cambiar de criada, aunque seguro que ésta no es tan limpia como tú, pero tiene *otrasssss cosasssss*.

Silabeo de serpiente pija. Silabeo del esperma transformado en mala sangre.

Y más palabras, muchas más. Palabras como agujiones, como dardos envenenados, directos a su corazón, a su cerebro, a su todo. Palabras negras, grises, sin esperanzas, negándole la esperanza. Palabras de enfermero que nunca habría podido curar aquel cadáver que tenían ante sí. Palabras de elevada temperatura. De hipertensión. Palabras rotas, sin posibilidad de vendaje ni de sutura. Y mientras caían las palabras, herían las palabras, Pilar se preguntaba de dónde le venía la crueldad a Jacinto: ¿de su padre?, ¿de su madre?, ¿era algo atávico?, ¿se había bebido el betadine?

¿O esa crueldad siempre estuvo allí y ella no supo verla?

Portazo en las narices: adiós muy buenas.

No se conoce a una persona hasta que no te separas de ella, quedó demostrado cuando le presentó los papeles de la separación y el divorcio. Ante la nada: el vacío.

Trabajar, estudiar, vivir en resumen fue un poquito más complicado. Mientras su ATS entraba y salía de camas y espejismos, ella se dedicó a organizar el puzzle de su existencia. Primero, lo primero. Y después, si quedaba tiempo, los besos y la luz de luna. Machacadita estaba de trabajar y de estudiar derecho con la vida

un poco torcida. Con un agujero en el corazón que poco a poco fue rellenándose para no notar nada de aquello que un día le trajo tanta tristeza.

Cuando volvió a ver a Jacinto fue para tomar un nostálgico café. En un concurrido local, éste le confesó que se había casado y que tenía un hijo, que estaba a punto de separarse y que la echaba de menos, de esa manera con que la inocencia se echa de menos, se evoca. Jacinto seguía guapo, aunque con previsible canas y previsible arrugas y un imprevisible rictus de desdicha. Pilar atendía con fingida seriedad, ¿estaba viendo pasar ante ella el cadáver de su enemigo?, ¿era un toque de difuntos lo que oía?: ¡qué amargo es este café! Jacinto siempre había gustado del melodrama, incluso le brillaba una lágrima preparada para escapar de uno de sus ojos. Era un tanto ridículo, la verdad, después de todo.

Por la calle, hombres y mujeres. Altos, bajos, jóvenes y viejos. Desplazándose nerviosos como hormigas bajo la luz del día:

—Jacinto, tengo que irme. Llegaré tarde al trabajo.

Rotura de compuertas por parte de Jacinto, que ya sollozaba sin pudor, y una mano temblona extendida. Podía haberle cortado la mano, podía haberse sonado los mocos en ese pellejo de hombre al que no le costaba humillarse para reclamar piedad. Las relaciones humanas eran muy complejas: él la echó y ahora la echaba de menos, la necesitaba. Y, dónde estaban sus «eses», habían desaparecido por arte de magia, como si se las hubiera llevado el viento, como si se las hubiera arrancado cualquier dentista.

El local se pobló de un humo nervioso.

Con tanto temblor de mano, Jacinto empujó su taza y los restos del café fueron a parar directamente sobre su chaqueta, formando

el mapa de algún tesoro. Pilar ni lo dudó, se abalanzó sobre ésta y con el pañuelo mojado en el agua de su vaso empezó a limpiar aquella mancha. De repente se miraron y una sonrisa mezquina y retadora escapó del hombre que minutos antes se arrastraba como un gusano y lloraba como una nube, sí, la había pillado *in fraganti*, no servía más que para limpiar, para limpiarle a él, y lo otro, estudios y trabajo, resultaba mera ficción, nada más. No pudo evitar el impacto del agua, lanzada por Pilar, que había iniciado un recorrido de riachuelo cantarín desde su cabeza hasta sus hombros. Se hizo el silencio. Todo se detuvo. Entonces, sí, Pilar sonrió con la sonrisa más grande del mundo, con el corazón desbocado por la más extraña felicidad. Depositó el vaso sobre la mesa. Cogió su bolso, apartó la silla de una patada y escapó de allí sin mirar atrás.

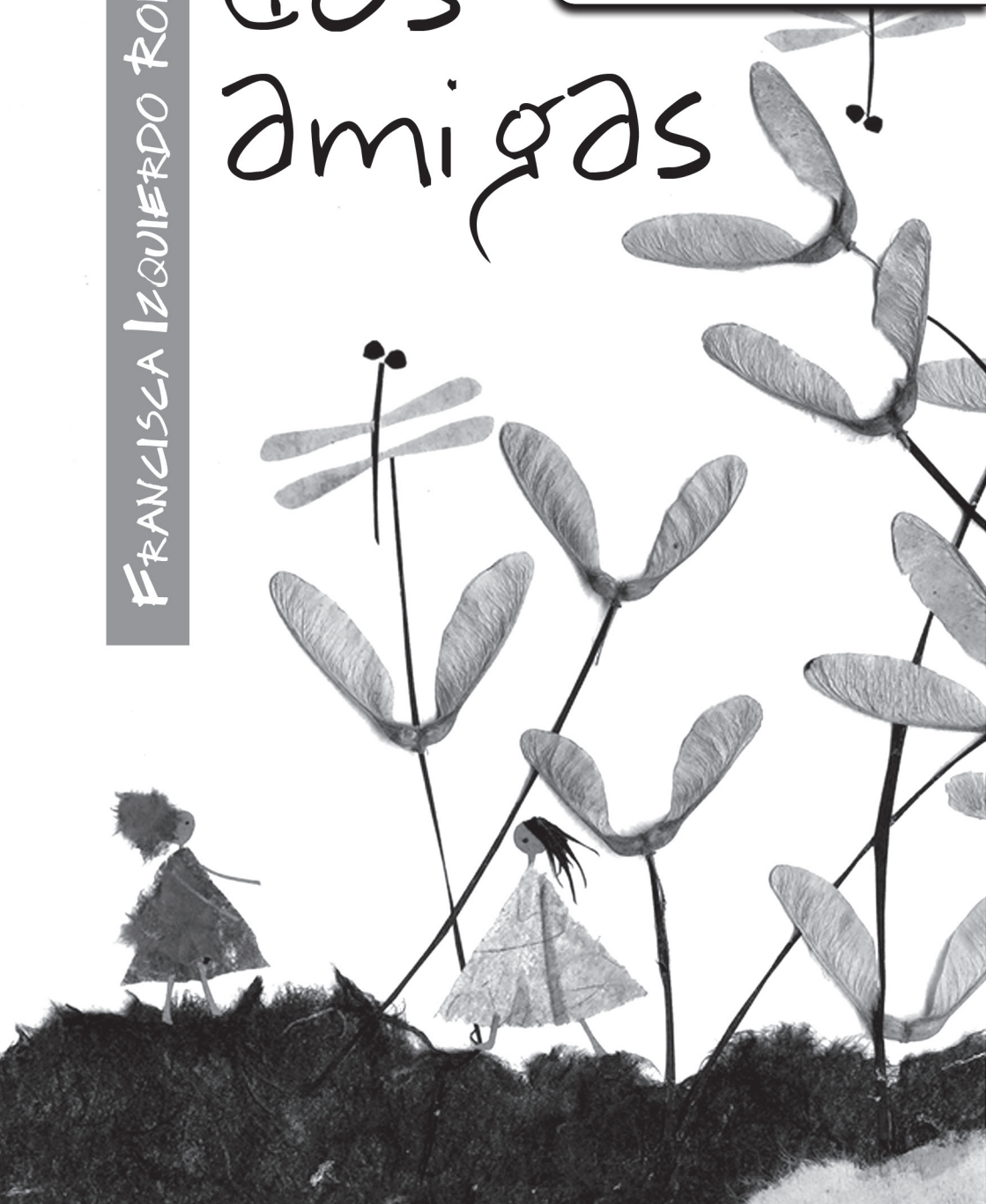
A veces la vida es maravillosa.



FRANCISCA IZQUIERDO ROLDÁN

dos amigas

PREMIO LOCAL



Ante mi admiración y a mano alzada, trazaba con el peine una línea absolutamente perfecta en el centro de su cabeza, separando así en dos mitades su espesa cabellera negra que caía con generosa hermosura hasta su cintura en dos mechones idénticos.

Yo, que siempre anduve más bien escasa de tan preciado ornamento, me refiero al pelo, la miraba embelesada y una chispita celosa.

—¡Espeeeeeee...!, Esperanza niña, ¿quieres venir *pa' cá?* ¡*to* los días lo mismo! ¡que estás *atontá!*

*Colgado de un barranco, duerme mi pueblo blanco bajo un cielo
que a fuerza de no ver nunca el mar, se cansó de volar, por sus
callejas de polvo y piedras, por no pasar, ni pasó la guerra,
solo el olvido, camina lento...*

La voz de Serrat golpeaba incansable las paredes de la casa hasta el punto de que éstas se enviaban unas a otras los acordes de negras,

blancas y corcheas multiplicadas por dos y hasta por tres.

—Pero, ¿es que el gachó ese no va a callarse nunca?

*y morir por morir quieren morirse al sol, la boca abierta al calor
como lagartos, medio ocultos bajo un sombrero de es...*

—¡Mira Espe! o quitas eso o el *arradio* lo revoleo por la ventana.
¡Que te lo tiro niña!, ¡que te lo tiro y de paso te arranco los pelos!

—¡Queeee...yaaaa...voooooyyy...!, ¿no ves?

—*Arrecoge* las piltras de tus hermanos y la tuya y anda ve ande la Rafi y te traes un cuarto de mortadela *pa'l bocaillo* del papa y ¡espabila!

Enseguida tuvimos una la impronta de la otra y después de tantos años...sin duda aquellos *gorgoritos infernales de cabra mocha que se gastaba el gachó*, términos que Doña Juana, abuela de Esperanza, usaba de manera literal para referirse al instrumento vocal de mi idolatrado Serrat, llevaban mi sello.

Esperanza tenía siete años cuando yo la conocí, sentada sobre un interminable retal de lunaritos rojos, hacía frente a una cruda mañana de diciembre en la plaza de mi pueblo. Junto a ella, un gitani- llo de unos ocho o nueve meses dormía profundamente agazapado en lo que parecía un nido de trapos enredados a modo de cojín.

La niña, custodiaba a su hermano pequeño sujetando una vara entre las piernas que hacía a su abuela las veces de metro.

Solté la mano de mi madre, y me deslicé sigilosa entre las mujeres que flanqueaban el puesto.

—¿Cómo te llamas? —me atreví a preguntar.

Ella, apenas me miró un par de segundos y bajando de nuevo la

vista, siguió trazando caminos sobre los retales con su vara, ignorando así de modo desdeñoso mi saludo. Yo, que no era una niña lo que se dice entremetida, me dispuse a retirarme avergonzada y algo herida, cuando una vocecilla alertó mis sentidos diciendo: «¿tú tienes el álbum de Heidi?».

Me volví hacia ella agradecida en el fondo por no haber alterado mi lamentable autoestima de sieteañera tímida. Le sonreí y haciendo una graciosa mueca con el ojo derecho y el labio superior alzado en diagonal hacia esa misma dirección, insistió: «di, ¿lo tienes?».

En ese momento comenzó mi afición por las colecciones y la amistad más generosa y sincera que nunca tuve.

Esperanza era por aquel entonces la primogénita de tres hermanos de una familia gitana que residía en un pueblo cercano al mío. Sus padres, vendedores ambulantes de profesión, cada semana acudían fieles a la plaza de mi pueblo para vender sus mercancías junto a toda su familia.

Mis abuelos, vivían en una casa de teja vana muy, muy cerquita de la plaza y a mí me encantaba dormir donde la abuela en las noches previas a los días de mercadillo así que siempre que el colegio me lo permitía, me despertaban las voces de los gitanos montando sus puestos e hilvanando ingeniosos dicharachos con los que ofrecían sus géneros a las madrugadoras mujeres.

Mientras que fuimos pequeñas, Esperanza, a eso de las nueve, gritaba mi nombre en la ventana de la habitación de mi abuela, agarrada a los barrotes que descansaban sobre un poyete a dos palmos de la acera. Yo, que solía estar preparaba, escurría aquel cuerpecillo escuálido y morenucho, agarraba mi cestilla de paja y echaba a volar pasillo adelante como alma que lleva el diablo. Salía de casa, no

sin antes prometer dieciocho veces a mi abuela que no me movería del puesto de Espe.

Tanto Esperanza como yo, tuvimos claro casi desde el principio, que ni sus padres, ni los míos comulgaban con nuestra amistad, cosa que se fue haciendo más evidente a medida que pasaba el tiempo.

Había que ver a mi madre dando repelones a diestro y siniestro cada vez que veía a Espe asomar por la puerta: «¡niña, déjame tú a mí que un gitano es un gitano, esos son maestros del engaño y si no te la dan a la *entrá*, te la dan a la *salía*!».

Y más de una vez tuve que oír a su abuela comentar a su madre: «¡mira!, ya viene por ahí la paya esa ¡qué aires se da la niña! ¡claro! ¡como tendrá parné! se camela a mi tonta y cuando te descuidas ha *desaparesío* dejando a los churumbeles llorando».

Esperanza y yo estábamos casi seguras de que la tonta era ella y yo era la paya, eso seguro porque en su campo visual no había más gente. Pero a nosotras todo eso nos «entraba por uno y nos salía por el otro».

Una vecina de mi abuela, Angelita *la practicante*— bueno, podría decirse que ella era practicante consorte, pues en verdad el practicante era su marido aunque en los pueblos ya se sabe la facilidad con la que se heredan los títulos— que para su propio *rabioteo*, andaba siempre tan altiva y remilgada, conforme me veía asomar con mi amiga, le decía a mi abuela por lo *bajini*, aunque igual podría haberlo dicho por lo *altini* porque Esperanza se daba siempre por bien enterada: «¡Sagrario— que así se llamaba la abuela— tú déjate, que a un gitano un monedero lo que a un niño un caramelo!».

Yo me preguntaba: «¿qué podrán haberle hecho a ésta los pobres

gitanos, o los negros, o los moros?». A ella le daba igual, todo el que no fuera del barrio, bueno, del barrio sus seleccionados, le provocaba un vómito venenoso de absurdas incoherencias que bien podría haberse envenenado más de una vez.

Un día, oí a mi madre refiriendo —a mí aquello me parecía criticar pero como ellas repetían: «¡que esto no es criticar que es referir!»— con Serafina, la mujer de Felipe *el cabrero*, que la niña de Angelita que estudiaba en la capital, se había embarazado de un negro pero de esos negros como el hollín y que al enterarse de la noticia el negro había huido dejando a la niña como flor en tiesto. Un negro ¡ya ves tú!, a su niña tan fina y tan blanquita.

Decían que *la Angelita* internó a la niña en un colegio de monjas y que del retoño nunca se supo. Yo pensé: «¡ahora me explico!».

Lo que a Esperanza y a mí más nos gustaba era charlar y jugar a las cocinitas así que la abuela nos había comprado unas cacerolas de plástico verdes y amarillas que había visto en la tienda de la esquina y que venían dentro de una canasta de agujerillos de dudoso significado. Y digo lo de dudoso porque yo nunca supe cuál era el sentido de los agujeros de la cesta ya que su uso hubiera sido mucho más versátil de haber carecido del ellos. Esperanza y yo llegamos a la conclusión de que ese plástico debía de ser muy caro ¡como estaba tan duro!, así que pensamos que el fabricante habría querido ahorrarse el dinero del plástico de los dichosos agujeritos. Claro que, también pensamos que para *la leche* que servía entonces la cesta, más hubiera valido que completaran el menaje de su contenido, aunque los hubieran vendido en una simple bolsa de plástico.

Lo cierto es que Espe y yo, nos perdíamos a menudo en tales disertaciones que casi nunca llevaban a ninguna parte pero que en-

tretener, entretenían lo suyo.

Como aquel día que la abuela salió del baño con el vestido remangado por descuido en la parte trasera. Nosotras nos miramos desconcertadas cuando vimos el refajo de la abuela al descubierto y es que durante días pudimos verla tejiendo de ganchillo aquel encaje maravilloso que llevaban las delicadas enaguas, pensando sin duda que sería un precioso vestido para una ocasión superespecial. ¡Quién podría pensar que algo tan sumamente hermoso no lo vería nunca nadie!, salvo ¡claro está! que por descuido se pillase el vestido con las bragas sobaqueras.

Con aquello tuvimos tema de conversación para rato y es que los mayores difícilmente podían comprenderse algunas veces.

También estaba lo de poner la ramita de perejil a San Pancraccio o lo de ubicarlo de cara a la pared todo dependiendo de la situación económica que la familia atravesase ese día, de la que sin duda era absolutamente responsable el pobre Santo. Cuando la abuela volvía de la plaza sin un real, como decía ella, se dirigía a San Pancraccio diciendo: «¡Hoy vas *castigao!* ¡Vas *castigao!*» y ¡hala! ¡A mirar el desconchón!

Aunque yo creo que lo más raro era lo del burro.

Resulta que la casa de los abuelos tenía una cuadra en el patio donde vivía el pobre burro, del que he de decir que guardo excelentes recuerdos. Cada mañana el abuelo salía al campo con su burro y por la tarde regresaba con el mismo cargado de hierba, pues bien, si el abuelo llegaba mientras que la abuela estaba fregando el suelo de la casa, esperaba en la puerta hasta que ella terminase de fregar para pasar con el burro que desparramaba a su paso la paja de los serones. Esperanza y yo nos preguntábamos: «¿Por qué el abuelo

no viene antes con el burro? ¿por qué la abuela no espera a que el burro y el abuelo entren para fregar el pasillo?», y lo que resulta más raro: «¿por qué el abuelo espera a que la abuela termine de fregar el pasillo para pasar?».

Llegamos a la conclusión de que aquello era una especie de ritual. Como cuando el abuelo esperaba en la butaca a que ella le descalzase las botas del campo y le enfundara sus viejas zapatillas de *guatiné*. O como cuando el abuelo gritaba: «¡nenaaaa... tráeme esto! ¡nenaaaa... tráeme lo otro!».

La verdad es que esos rituales se seguían en todas las casas porque en mi casa también ocurría lo mismo y Espe decía que su madre lo seguía además con todos sus hermanos mayores, es decir, con sus tíos. Pues que si lo de nosotros los payos era raro, lo de los gitanos era ya un caso.

A nosotras nos parecía un poco sospechoso que ningún hombre de los que conocíamos supiera hacer casi nada de lo de la casa, bueno, lo de poner la tele y arreglar el plomillo si alguna vez saltaba, no contaba.

Un día, Elenita Cuadrado, una niña que vivía justo en la esquina de la tienda chica nos contó que una vez que su madre estaba enferma del collarín— lo que en realidad pasaba es que a la mujer le habían puesto un collarín a consecuencia de tres hernias discales— y no podía levantar los brazos, su padre colgó la ropa mojada en el tendedero para secarla aunque le hizo jurar por lo menos tres veces que no se lo diría a nadie y colocó a su madre de centinela en el tranquilo de la puerta, que la pobre parecía un tentetieso.

Esperanza, esa sí que contaba cosas raras de su familia. Cuando Espe hablaba de su familia era prácticamente imposible seguirla ya

que debían de ser más de cuarenta o cincuenta de los de roce diario. Un día, me dijo que en su casa se había montado tremendo follón con su tía Rocío, la mujer de su tío Rafael, todos la habían insultado por no sé qué cosa de adulterio con un payo. Ni Espe ni yo teníamos ni idea de lo que era eso pero tras saber lo que le habían hecho a su pobre tía que fue despreciada y repudiada de su propia familia, tenía que ser una cosa mala, mala.

Decía que la señora Juana repetía: «¡adúltera! ¡mala gitana! ¡mala puñalá te den en las *sentrañas!*»— eso de las *sentrañas* tampoco teníamos ni idea de lo que era y eso que lo buscamos en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española que me trajo mi tío de Madrid ¡pero nada! ¡que no venía!— y otras cosas con la voz rabiosa y la vena del cuello a punto de estallar.

Unas semanas más tarde, otro tío de Espe, su tío Juan, alias *el Navajas*, también *adulteró* a una mujer paya, pero niña que ni lo despacharon ni nada, dice Esperanza que oyó a su abuelo que decía a la mujer del *Navajas*: «¡No llores chiquilla! El *prove* que iba a *jasé* si la *pelandruesca* paya se le mete por los ojos! ¡Mi Juan es que ha *sio mu macho, mu macho!* ¡A saber el payo que tiene en casa la gachí esa!».

Entonces ¿qué pasaba? que Esperanza y yo como siempre ¡echas un lío! A ver, lo del *adulteranismo* ¿era malo, bueno o regular? parecía malo si la *adulterada* era la tía de Espe, en cambio tenía mucho paso, es más, según se mirara era hasta heroico si se trataba de su tío *el Navajas*.

Que todo aquello cuanto menos raro era, ¿o no?

Y lo del luto, eso ya era...

Por aquellos años, murió el abuelo Mariano según dijeron a consecuencia de una *paralís*— palabra que tampoco recogía el enorme

diccionario de la Real Academia de la Lengua Española que el tío me trajo de Madrid— que le dejó frito el corazón de un plumazo. El abuelo Mariano era el padre de mi abuelo y debía tener el pobre hombre alrededor de los ochenta años.

Bueno, pues que Esperanza y yo tuvimos que ver a la abuela Sargrario enlutada de pies a cabeza durante dos largos años, con la manga larga hasta en el verano y unas medias horrosas que no podía quitarse jamás para ir a la calle, y como nosotras decíamos: «¿le dolerá más al abuelo la muerte de su padre, que era su padre en carne y hueso, que a la pobre abuela que no tenía en las venas ni una sola gota de su sangre?».

Eso sí, tengo que decir, para ser justa, ¿justa?, que el abuelo lució durante algún tiempo una banda negra alrededor del brazo y por lo visto eso bastaba a los hombres como señal de luto *lutísimo*.

Cambiando de tema, no olvidaré el día en que Esperanza y yo tuvimos nuestra primera bronca importante. Aquella mañana, estábamos jugando con Nana, una vieja muñeca de cartón que la abuela conservaba de cuando mamá era pequeña y a la que nosotras habíamos bautizado con el nombre de Nana en recuerdo de otra muñeca que Esperanza había tenido y a la que su hermano pequeño había procurado injusto final echándola al brasero de ascuas. El perro de Rosa, nuestra vecina de arriba, había entrado en casa y había pisado a Nana su vestido poniéndolo todo perdido. La abuelita, había colocado un hermoso imperdible a modo de botón en el vestidito que ella misma le hizo a la muñeca, a falta de comprar unos que fuesen del tamaño de los ojales. Como ni Espe ni yo logramos quitar la laña, a ella se le ocurrió meter a la muñeca en la pila y una vez allí frotar el vestido con jabón.

En eso andábamos cuando oímos los gritos de la señora Rafaela llamando a mi amiga como una posesa. Cuando regresé y me dispuse a sacar a Nana de la pila, ésta parecía haberse multiplicado por diez, su cara se despellejaba en capas como una cebolla y sus ojos habían desaparecido casi por completo igual que su boca y su nariz. De sus orejas solo quedaba un pequeño arco desubicado.

Primero quedé petrificada intentando comprender lo que había ocurrido y luego lloré desconsoladamente al tiempo que la abuela me calmaba y se esforzaba en explicarme cuales eran los efectos del agua en el cartón. Yo, enseguida eché la culpa a Espe por haber tenido la idea, así que cuando se acercó para despedirse, la increpé furiosa por lo sucedido y dije que nunca volvería a prestarle mis cosas.

Ella, ni corta ni perezosa me contestó que no le hacíamos ninguna falta ni mis muñecas ni yo, así que dando media vuelta y un golpe de mano en su ya abundante y larga cabellera negra, salió de la casa altiva, no sin antes besar a la abuela que arreglaba *habicholillas* en la cocina, expectante a lo que estaba ocurriendo aunque sin pronunciar ni una sola palabra.

Los días que restaron a esa semana y la semana siguiente, fueron muy tristes, me quedé encaramada a mi orgullo y no subí a la plaza y Esperanza tampoco pasó por casa.

La echaba tanto de menos que el martes siguiente, convencí a mi madre para cruzar por la plaza camino del colegio. Y allí, tras un precioso retal de visillo transparente se adivinaba su silueta, me acerqué a ella que al verme salió presurosa y me dijo: tengo el número cincuenta y nueve repetido; yo dije: «¿el de Heidi paseando a Clara en el columpio?».

Y metiendo la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones de pata de elefante, sacó el cromo y lo extendió hacia a mí que lo acepté jubilosa.

Miles de anécdotas salpicaron los años que separaron nuestros siete de nuestros catorce.

A medida que íbamos creciendo, disminuían las veces que Esperanza venía a casa y aumentaban los ratos que yo pasaba en su parada. Para entonces, su familia había crecido lo suyo y ella había tenido que abandonar la escuela para ayudar a sus padres. Ese tema había costado a mi querida amiga muchas lágrimas, pues ella tenía una inteligencia superior y un interés por el saber poco común. Con las pocas veces que había ido a la escuela, sus notas eran magníficas, nada frecuentes para las expectativas que se tenían de los niños de su raza, ¡para qué nos vamos a engañar!

Ella era ingeniosa y tremendamente carismática, de mente inquieta, de esas personas que parecen estar llamadas a decir cosas al mundo y es que yo creo que a su mundo había muchas cosas que decirle, bueno... a su mundo y al mío.

En la medida en que crecían sus inquietudes culturales, aumentaron también las dificultades para poderlas satisfacer.

Para su familia nada era cuestión de ciencia ni de inteligencia, todo era más simple, más elemental ¿cómo decirlo?... más lapidario.

«¡Lo que te importará a ti saber lo de la Revolución Francesa, o el rollo ese de la *patinusa* y los cuadrados! A ver ¿acaso vas a vender más pantalones si le dices a los payos lo de la *patinusa* esa, ¡pues no!, ¿no?, ¡pues eso!».

A Esperanza le crispaban los nervios esos comentarios pero que-

ría ser una buena gitana y respetaba profundamente a su familia y es por ello que aceptaba sus decisiones resignada y jamás reprochó a sus padres que le ofreciesen un destino tan alejado de sus deseos. Lo que es yo, ni haciendo un sobrenatural ejercicio de comprensión lograba entenderlo. El no haber visto por su parte ni tan siquiera un *pataleteo* de adolescente frustrada, la colocaba ante mis ojos en una especie de plano superior, contrariamente a como se sentía ella.

Yo comencé mis estudios de Bachiller en el instituto del pueblo de al lado, con lo que nuestros encuentros se minimizaron sobremanera.

Entonces fue cuando Esperanza propuso que nos escribiéramos cada semana y me hizo prometer que en mis cartas le contaría cosas que aprendiera de mis profesores, las más interesantes, las más curiosas.

Así lo hice durante algún tiempo pero al no ser yo una estudiante brillante, como lo hubiera sido ella sin duda y al ir aumentando la dificultad de las informaciones, pronto se me hizo difícil hacerme entender por ella ¡cómo explicar lo que ni yo misma entendía! Lo que sí hice fue sacar libros de la biblioteca del instituto y hacérselos llegar a través de la abuela.

Total, que para cuando quisimos darnos cuenta, nuestras cartas habían tomado nuevos matices que cada vez se alejaban más de la cosa cultural, irremediablemente comenzamos a hablar de chicos.

En una de sus cartas, mi amiga me confesó que había un joven que le nublabo un poco el entendimiento y como no podía ser de otra manera, *la rarita de su raza*, puso los ojos y las pestañas en un intelectual y ¡por supuesto! payo.

Su amor estaba estudiando para abogado, pero para poder pa-

garse la carrera, el verano anterior aceptó un trabajo eventual en el Ayuntamiento de un pueblo en el que vendía la familia de Espe. El chico era el encargado de cobrar los recibos del Ayuntamiento a los vendedores ambulantes. Ambos se gustaron enseguida así que se las ingeniaron para coincidir en más de una ocasión procurando, eso sí, no ser descubiertos.

Sea como fuese, el chico le había devuelto la alegría a mi querida amiga. Estaba exultante, sus ojos centelleaban de puro contento. Como hacía ya mucho tiempo que su mirada había perdido el brillo, yo le estuve bastante agradecida al chaval, a pesar de que nunca podría decírselo en persona.

El día que cumplí los dieciséis, recibí una postal de Esperanza, escueta, como no era ella y absolutamente desconcertante: «Amiga, te deseo lo mejor, sé feliz porque yo ya no podré serlo. No olvides que te quiero».

Me alarmé y enseguida le escribí pidiéndole explicaciones pero como no obtuve respuesta, insistí a la abuela para que se acercase a la plaza a preguntar por Espe.

Quedé helada al escuchar por teléfono la retransmisión, que pretendía ser literal, de las palabras que la señora Juana dijo a mi abuela. Era una cosa así:

«¿Mi Espe?, ¡*sa casao* con un gitano que *la' sabío camelá* y bien *requetesalao* que es el gachó y bien guapos que iban los dos! ¡La mismísima virgen parecía con su corona de brillantes!»

Durante meses no tuve apenas noticias de Esperanza. Fue la más casual de las casualidades la que la trajo de nuevo a mi vida.

Mis días de instituto tocaban su fin y el año siguiente estaba previsto que empezara la carrera en la capital. Unas amigas de mi clase,

me propusieron pasar el fin de semana en las fiestas de su pueblo y como finalmente había conseguido aprobarlo todo en junio, mis padres no pusieron reparos y acepté encantada.

El sábado madrugamos un poco con la intención de visitar la plaza en la que ponían un mercadillo enorme. De uno de los puestos colgaban unos pañuelos preciosos y me acerqué para poder verlos con más detalle. Una de las chicas que venía conmigo se dirigió al vendedor interesándose por los precios: «doscientas pesetas los de flores bordadas, y ciento cincuenta todos los lisos menos los de encaje que son doscientas cincuenta y no te cobro nada por el novio que te va a salir cuando te los pongas».

La voz de la persona que intentaba ganarse la vida detrás de aquel modesto tenderete, quedó muda de inmediato y sus enormes ojos se clavaron en los míos emocionándose ambos al unísono. Como no podía ser de otro modo, nos fundimos en un entrañable achuchón aunque a mí, Esperanza no me cupo en el abrazo ya que lucía un generosísimo embarazo de siete meses. Estaba muy guapa, como siempre, como una virgen; como una virgen... de cera.

A su lado un joven de unos veinte años, que engullía un enorme bocadillo de chorizo a juzgar por lo ambientado que tenía el negocio, intentaba acomodarse en una pequeña hamaca que asomaba detrás de la tabla expositora.

En realidad no hablamos casi nada, lo fundamental ya saltaba a la vista. Nos despedimos con las manos entrelazadas como dos buenas amigas que se acaban de reencontrar y no tienen intenciones de volver a perderse.

Mientras me alejaba, recordé años de bocatas de atún con queso, nuestros favoritos, tiradas en el portal de la abuela mientras que

balanceábamos en el aire una enorme bolsa de patatas fritas. Nos parecía divertido mirar las legiones de hormigas que cargaban presurosas con las migas que caían al suelo.

Mientras me alejaba, también pensaba en el tío del bocadillo de chorizo. ¡Qué desacertado estuvo el destino! ¡Qué desacertado! pero ¡Si Espe odiaba el chorizo!

—¡No es justo! ¡No es justo! ¡No es justo!— le chillaba yo a mis adentros.

Lo bueno fue que desde aquel día yo siempre supe dónde poder encontrar a mi amiga y cómo en una de esas novelas por entregas, fui conociendo de primera mano cómo sucedió todo.

Su madre, que ya andaba con la mosca detrás de la oreja, encontró la cartas que a Esperanza le había hecho llegar, valiéndose de mil mañas, su joven enamorado, así que su familia no dudó en organizar su boda de inmediato con el chico gitano que le estaba predestinado desde pequeña. Una vez más Esperanza hizo caso omiso de sus sentimientos y aquel brillo de sus ojos se apagó como una cerilla.

Espe me dijo que siempre pensó que yo la acompañaría el día de su boda pero tal como sucedieron las cosas...

Todo ocurrió ajeno a ella, como si hubiera cedido su cuerpo y su voluntad a otra gente para que dispusiera de ellos a su antojo. Así es como tenía que ser y así fue.

No intenté comprenderla ni juzgarla pero como se había casado por el rito gitano le insistí en que me contara todos los detalles pues yo había hecho mis pesquisas sobre el tema y la cosa era curiosísima.

La pureza era algo que los gitanos valoraban de forma exagerada

hasta el punto de que si la chica no era pura no se podía casar por su rito. Es por eso que la figura de la *ajuntaora*, tomaba enorme relevancia por ser la señora encargada de comprobar, mediante la prueba del pañuelo, si la novia era o no virgen.

Esperanza me contó que unas mujeres de su familia la habían engalanado para la ocasión y que después la *ajuntaora*, que llevaba un pañuelo blanco de medio metro adornado con una preciosa tira bordada, entró en la habitación sacando después el pañuelo salpicado con tres rosas rojas. Las mujeres que la acompañaban exhibieron el pañuelo manchado de sangre ante los invitados al tiempo que entonaban la *alboreá*:

En un verde prado

Tendí mi pañuelo

Salieron tres rosas

Como tres luceros

Yo escuché absorta todo el relato sin interrumpirla ni una sola vez. Ni siquiera cuando me contó lo que cobraba la *ajuntaora*, ¡sesenta mil pesetas de las de entonces! Pero cuando hubo terminado solté: «¡tu humillación es lo que se exhibió en aquel pañuelo!»

Nuestra amistad sobrevivió a la torpeza de aquel comentario a pesar de todo. No es que yo quisiese faltar al respeto a la tradición gitana ¡Dios me libre!, solo ejercí mi derecho a la libertad de expresión que ya existía, ¡gracias a Dios!, aunque hayan pasado casi treinta años sobre aquellas palabras.

En fin, que fue pasando el tiempo y de cuando en cuando iba a visitarla a su parada y a veces al verme se ponía a gritar la *alcan-*

dora: «¡María, tengo las mejores hipotenusas, las mejores! ¡Si se las lleva apaña *marío ensegúia!* —Las dos nos miramos y soltamos carcajadas mayúsculas cuando las mujeres extrañadas preguntaban: ¡Niña!, ¿qué es eso de las hipotenusas?».

Algunos años más tarde, el marido de Esperanza falleció en un desafortunado accidente. Ella quedó sola con su hija aún pequeña y durante algún tiempo estuvo sumida en una profunda tristeza, pues el chico del bocata de chorizo, como yo solía llamarlo en plan de broma, tenía buen fondo.

Pasado un tiempo, gracias al seguro y a la ayuda de su familia, Esperanza montó una pequeña tienda de retales con un apartado de mercería y otro de pantalones masculinos de corte sastre.

El destino quiso que un día de los que yo estaba con ella en la tienda, entrase una pareja en busca de un pantalón. No hizo falta que nadie dijese quien era ese señor ante el que Esperanza quedó pasmada. El hombre tampoco quedó indiferente a tenor del careto que colocó la chica que lo acompañaba cuando vio el modo en que éste miraba a la dependienta.

La cosa no fue a más pero como el Señor no me bendijo con el don de la discreción, solté: «¿te has fijado como se parece ese señor a Merceditas?». Merceditas se llamaba la hija de Esperanza, como los más vivos habréis supuesto. Y al mirarla no pude por menos que rematar: «¡Espe! ¿pañolito? ¿honra? ¿tres rosas rojas, Espe?».

A mi amiga no le quedó otra que confesarme que efectivamente no había ido virgen al matrimonio pero me juró mil veces que no sabía que estaba embarazada, simplemente pensó que la niña había nacido antes de tiempo. Y ¿para qué negarlo?, reconoció que le había estado pareciendo sospechoso el parecido de su hija con su

antiguo enamorado.

—Pero: ¿Esperancita hija? ¿Y la de las sesenta mil pesetas? —pregunté desconcertada.

Ella me dijo que a veces, la señora del pañuelo, echaba una *mentirijilla* más bien piadosa que las demás mujeres secundaban, para que los novios pudieran casarse por el rito gitano, dando por supuesto que su honra la había recibido el futuro marido. ¡Claro! Aquello era delicado ya que de descubrirse el engaño, la *ajuntaora* podría hasta perder el brazo derecho en señal de castigo. Y ahí ¿ves tú?, es donde yo vi justificadas las sesenta mil pesetas.

Pero eso sí, aunque se sentía mala gitana, quiso que me quedara muy claro que ella quiso a su pobre marido todo lo que pudo y que no le fue infiel jamás.

El tiempo pasó y a Esperanza le fue muy bien con su tienda, tanto que abrió otras dos en distintas localidades, entre ellas la mía. De momento no se ha vuelto a casar. Yo terminé mis estudios y me salió un trabajo en mi pueblo, me casé y tengo un par de hijos aún pequeños.

Merceditas, preciosa como su madre aunque de apariencia sería como una ristra de ajos, es decir, a simple vista con absoluta ausencia de genes gitanos, está estudiando Derecho con excelentes notas y anda medio enamorada de un camarero con aspiraciones de actor que trabaja en la cafetería de la universidad.

Aunque la madre de Esperanza se echa las manos a la cabeza, ella ha conseguido que eso de su niña no le parezca ni bien ni mal. Mientras, yo que sigo tan entrometida, ando dándole la pelma para que tenga buen ojo.

Nuestros pareceres a menudo no han coincidido a lo largo y

ancho de nuestra amistad, pero hemos sabido entenderlo y encajarlo, eso sí, hay algo en lo que seguimos coincidiendo y es en que sabemos que a nosotras no nos pasará como a los de aquella vieja canción:

*El sacristán ha visto, hacerse viejo al cura, el cura ha visto
al cabo y el cabo al sacristán y mi pueblo después vio morir
a los tres y me pregunto: ¿por qué nacerá gente?
Si nacer o morir es . . . indiferente.*

Porque nosotras sí sabemos evolucionar y dejar que otros evolucionen y si se equivocan, pues que apechuguen.



ÍNDICE

Presentación	7
Pertenencias	11
Palabras	19
Dos amigas	39

Esta edición del
Segundo Libro de Relato Corto «Con Nombre de Mujer»
se terminó de componer, maquetar y corregir
el viernes 25 de noviembre de 2011,

Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer.



